

El jazz, la música progresista y el público

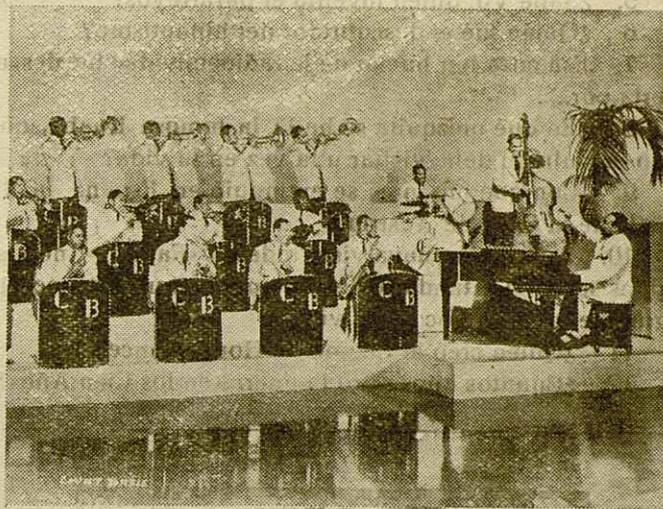
Existe un temor sobre la música de jazz, que me parece no está del todo infundado. Participo en ello como todos los que consideramos que, en la actualidad, el jazz ya no es lo que era. Han pasado aquellas épocas doradas, es cierto, y aunque nunca debemos lamentar los tiempos presentes, nos embriagan aún las voces de Bessie Smith, Fats Waller, Ivy Anderson, las orquestas de Jimmy Lunceford, Duke Ellington, Count Basie, para citar únicamente las más importantes.

Ahora son otros tiempos, más convencionales, menos espirituales y existe una tendencia progresista que a medida que va acumulando factores sobre factores, dibujados en formas diversas, principalmente ideas, el jazz deja de sentir, en la juventud actual, aquel don tan personal, único, sencillo y al mismo tiempo grande. Dijo un día Arthur Honneger que el jazz ha muerto. Puede que tenga algo de razón, pero yo no quiero aceptar esta definición tan categórica mientras pueda tener en cuenta que el primer trompeta del mundo sigue siendo Louis Armstrong. Con él todavía le siguen músicos de la vieja escuela. Por ejemplo, la personalidad de Barney Bigard podrá o no ser discutida, pero este excelente músico conserva aquella influencia ellingtoniana que el gran músico inculcaba a todos los que componían y componen su orquesta.

Aparte de dar una explicación a las dos causas más sobresalientes, de lo que años atrás era una modalidad musical, o sea el estado de ánimo de los «blues», que según lo ya expreado por Néstor R. Ortiz Oderigo «no se trata, refiriéndose al blues de un «fox-trot» lento, sino que constituye un tipo especial de canción de origen afroamericano, caracterizado por su constitución armónica, melódica y poética» y el copioso desfile de un género híbrido que la música de baile ha inculcado tan a gusto a nuestra juventud, encuentra el compositor procedimientos técnicos tan ilimitados que va divagando por la fantasía de las ideas, con plena actitud de convencionalismos y formas. La última de ellas es el Be-bop. Y se comprende. No interesa quedar estancado en un solo estilo, pero tampoco hay que olvidar lo pasado.

Si los tiempos cambian, también tiene que existir un medio que procure no desmemorar lo que tanta importancia ha tenido, y sigue teniendo para muchos.

Actualmente sólo unos pocos le dan la debida importancia a la música de jazz. Defensores de un estilo o defensores de otro, pero auténticos entusiastas de lo que el público en general repudia y critica sin causa justa. Nos



Count Basie y su conjunto, en plena actuación

permitimos poner esto en claro porque, por la debida insuficiencia de capacidad musical, hoy en día no existe en modo alguno, un ambiente que permitiría una mayor divulgación, o sea lo que todos deseáramos. La música de jazz no entra en sus propios sentimientos. Dirán que ni falta que les hace, porque aun siguen creyendo en unos falsos conceptos que les tapa los oídos. Desgraciadamente los tiempos están de una forma que hacen perder las buenas costumbres. Esto va por todo, pero en nuestro caso, se nota un crecido interés por una gran cantidad de tonterías llamadas «de moda» que no hay forma por donde sacar algo en limpio. Los músicos siguen esta trayectoria porque no hay más remedio, y la minoría tiene, por lo tanto, el consuelo de los discos.

Esto es un factor muy importante para obligar a los entendidos una justa reserva que en resumidas cuentas sólo favorece a unos pocos. Estos pocos están al corriente de la marcha musical por la cual sigue el jazz, pero falta aquel calor de entonces, se nota. Ahora se trata de algo más convencional, más moderno y más mecánico. Igual a esta nueva forma musical con características, falto de «swing» y de aquellos requisitos que se estimaban generalmente como indispensables en la música de jazz. El temor está en eso. ¿Desaparecerá o no la música de jazz?

Louis Armstrong dijo: «Ninguna música pasa de moda si está perfectamente tocada». Así sea.

ENRIQUE FARRÉS

Barcelona, septiembre 1949